



Bomba en el Valle Central

Prólogo

En el sur de Bolivia - Sudamérica, el Departamento de Tarija despliega su esplendor natural en una danza de paisajes contrastantes. Desde la imponente zona andina hasta los fértiles valles centrales, pasando por el árido Chaco y los exuberantes valles subtropicales, este territorio es hogar de una fauna tan diversa como fascinante. Criaturas que han habitado estas tierras por generaciones, adaptándose a los cambios del clima y los caprichos del hombre.

Sin embargo, el crecimiento de las ciudades, la expansión de la industria hidrocarburífera y los efectos del calentamiento global amenazan cada vez más a estos guardianes naturales. Frente a esta realidad, nace esta historia: una aventura en la que animales emblemáticos de Tarija cobran vida, enfrentando desafíos que reflejan los conflictos del mundo real.

Este libro no solo busca entretener a través de la imaginación, la lectura y el arte, sino también sembrar conciencia en el lector. Cada página es un llamado al respeto y la sensibilización hacia nuestra fauna, un recordatorio de que la naturaleza y sus habitantes tienen una historia que contar.

¿Estás listo para descubrirla?

Capítulo 1: La Estructura del Guardián

El sol brillaba en lo alto, iluminando con su resplandor la plaza principal del Valle Central. Era un día especial: el Festival del Gran Espíritu estaba en su punto máximo. Música, risas y puestos de comida llenaban el lugar, y todos los habitantes del pueblo estaban listos para la gran inauguración.

Las calles estaban decoradas con banderines de colores, el aroma de empanadas fritas y tamales calientes flotaba en el aire, y el sonido de los tambores resonaba por todos lados. Los niños corrían entre los puestos, algunos con máscaras de jaguares y cóndores, otros con serpentinas enredadas en los cuernos de llamas decoradas para la ocasión.

En el centro de la plaza, sobre un pedestal adornado con guirnaldas y flores, se encontraba la Estructura del Guardián del Valle, una imponente figura de oro macizo. Se decía que el Guardián protegía el pueblo, trayendo suerte y prosperidad. Todos la admiraban con respeto.

Pero había un secreto que nadie en el pueblo conocía...

Dentro de la estatua... había una bomba.

Alguien la había colocado allí en silencio, ocultándola en su interior sin que nadie lo notara. Un dispositivo mortal, programado para explotar en el momento menos esperado.

Desde las sombras, dos ojos brillaban con un resplandor amarillo enfermizo. Oculto entre las ramas de un viejo árbol al borde de la plaza, una figura encorvada observaba en silencio.

Un susurro extraño flotó en el aire.

"Jua... jua... jua..."

No era una risa común. No era un murmullo cualquiera. Era un eco inquietante, un llanto burlón que se deslizaba entre los sonidos del festival, tan ligero que nadie lo notó... pero lo suficiente para hacer que algunos sintieran un escalofrío sin saber por qué.

Los ojos del ave no parpadeaban. Solo observaban. La estatua, la multitud, el alcalde. Todo.

Y entonces, con voz baja y ronca, Guajojo murmuró para sí mismo:

—"Disfruten su festival... será el último."

Nadie lo vio. Nadie lo escuchó.

Pero el tiempo corría.

Mientras tanto, en otro rincón del pueblo...

Felipe, el Oso Jucumari, estaba recostado bajo un árbol, comiendo su tercera empanada de la tarde. Su oficio de él era vender empanadas, sin embargo su Hobby era comérselas.

—Ahhh... esto sí es vida... —suspiró, estirándose perezosamente.

A su lado, sobre una roca, una caja de cartón estaba llena de empanadas envueltas en hojas de plátano. Felipe masticaba con placer, con los ojos entrecerrados.

Su tranquilidad fue interrumpida cuando Jorge "Cebolla" el Zorro Andino se acercó corriendo, agitado.

—¡Felipe! ¡Felipe! ¡Se nos hizo tarde!

Felipe abrió un ojo con flojera.

—¿Tarde para qué?

—¡Para la inauguración de la estatua! ¡Nos prometiste que nos ayudarías a cargar las decoraciones!

Felipe bostezó.

—Mmm... ¿sí? No recuerdo haber prometido nada...

Jorge miró rápidamente a su alrededor con los ojos entrecerrados, buscando algo que decir.

—¡Llegó una nueva vendedora de empanadas al festival! Dicen que son las mejores que han existido.

Felipe se incorporó de golpe, con los ojos bien abiertos.

—¿¡Qué!? ¿Mejor que las mías?

—Dicen que sí. Y que están regalando las primeras a los que lleguen temprano.

Felipe se puso de pie en un segundo, con los puños apretados y la cara roja de indignación.

—¡¿Quién se atreve a desafiar mi reinado de empanadas?! ¡Voy a probarlas ahora mismo y demostrar que las mías son las mejores del Valle Central!

Jorge sonrió con picardía. Funcionó.

Lo agarró del brazo y lo arrastró rumbo a la plaza.

En la plaza principal...

El alcalde, Don Alberto Plumasfinas, líder del Partido Rosado, siempre preocupado por cómo lo ven los demás, sonreía ante la multitud, listo para su gran discurso agitaba sus alas con dramatismo, saludando a la multitud con una sonrisa ensayada.

Junto a él, el Capitán bonachon, el Capibara policía, miraba todo con aire aburrido, rascándose la panza. A su lado, el Padre Topo, el cura del pueblo, movía los labios en un rezo silencioso.

Entonces, el flamante flamenco rosado se subió al escenario, alisó sus plumas con una sacudida elegante y tosió con delicadeza para aclararse la garganta. Con una sonrisa amplia y una pose ensayada, extendió una de sus alas y proclamó:

—¡Queridos y queridas habitantes del Valle Central!

Su voz retumbó por la plaza, y aunque algunos aplaudieron por inercia, la mayoría estaba más interesada en las empanadas y la chicha.

—Hoy es un día histórico, un día en el que la naturaleza canta, la brisa baila y, más importante aún, yo, su humilde y ejemplar alcalde, tengo el honor de dar inicio a nuestro amado Festival del Gran Espíritu.

Se detuvo un momento, disfrutando de su propia entonación, y prosiguió con aire solemne:

—Porque este valle, amigos míos, es un valle de historia, de belleza y de progreso. No cualquier valle, no, no, no. Es nuestro valle. Un valle donde los ríos fluyen con la pureza del compromiso ciudadano, donde las montañas nos observan con la paciencia de un buen gobierno, y donde... donde... —hizo una pausa, perdiendo momentáneamente el hilo— ...donde la grandeza se refleja en cada uno de ustedes, desde los más altos cóndores hasta los más pequeños colibríes.

Unas llamas en la multitud intercambiaron miradas de confusión.

—Este festival, mis queridos y adorados conciudadanos, no es solo una fiesta. No, no, no. Es un recordatorio. Un recordatorio de que aquí, en este bendito suelo, somos todos uno... pero diferentes... pero unidos... en una misma diferencia... ¡Y eso nos hace fuertes!

Los asistentes parpadearon, intentando descifrar la frase.

—Porque, escuchen bien, sin unidad, no hay comunidad. Sin comunidad, no hay festividad. Y sin festividad... pues... no habría festival.

Algunas ranas croaron en señal de aprobación.

—Así que, queridos amigos, levantemos juntos las alas, las patas, los hocicos y las pezuñas en señal de júbilo. Que la música resuene, que la chicha fluya, que las empanadas se frían, y que este festival sea el mejor que hayamos visto jamás.

La multitud finalmente estalló en aplausos, más porque al fin terminaba el discurso que por el contenido en sí. El Capitán Bonachón aplaudió lentamente, con la expresión de quien no había entendido ni una palabra. El Padre Topo murmuró un "amén" por costumbre.

Don Alberto Plumasfinas, ignorando los murmullos de confusión, se bajó del escenario con su porte altivo, sacudió sus plumas y pensó satisfecho:

"Perfecto. Un discurso digno de la historia."

En la plaza, la música comenzó a sonar y la celebración estalló en alegría.

Entre el bullicio del festival, Don Salustiano fruncía el ceño mirando la estatua del Guardián, tenso como si quisiera arrancarla de su pedestal.

—¿Y ahora usted qué se trae, don Salustiano? —soltó de golpe la Chola Cuchi, que había aparecido a su lado sin que nadie la llamara, como siempre. En sí nadie le prestaba atención. La mayoría estaba más interesada en la comida del festival que en las quejas del anciano.

El cóndor resoplo, molesto.

—Esa estatua es mía, me la robaron.

La Cuchi entrecerró los ojos y chasqueó la lengua con burla.

—¡Ahhh, ya me parecía raro que estuviera tan enojado! ¡Si no fuera suyo, seguro ni la miraba!

Don Salustiano infló el pecho, indignado.

—¡Mi bisabuelo la compró hace cien años! Pero ese farsante del alcalde la puso aquí como si fuera un regalo suyo. ¡Es una burla!

La Chola ladeó la cabeza, observando al flamenco que se pavoneaba en el escenario.

—Bueno, ese plumón rosado es experto en hacer que todo parezca suyo, aunque no lo sea. ¡Claro, él posa, sonríe y el pueblo le cree!

Se cruzó de patas y miró con fastidio a la multitud que aplaudía cualquier palabra rimbombante del alcalde.

—Y el resto, como siempre, calladitos, felices con lo que les den. ¡Qué fácil es engañar a la gente cuando les das fiesta y les endulzas los oídos!

Don Salustiano apretó el pico, volviendo a mirar la estatua. La idea ya estaba sembrada.

La Chola le dio una última mirada de reojo y sonrió con astucia.

—Bueno, yo que usted, no me quedaba de brazos cruzados... pero qué sé yo, no soy cóndor.

Y sin más, se perdió entre la multitud, dejando al viejo en silencio

Mientras tanto, Lucianita, la Paraba Frente Roja, revoloteaba entre los asistentes, tomando notas para su columna en el periódico local.

—"Multitud emocionada... festival en marcha... demasiado incienso en el aire, alguien se va a desmayar."

"Don Alberto Plumasfinas, el alcalde, más rosado que nunca. Sonríe mucho. Demasiado. ¿Ha practicado esa sonrisa frente al espejo? Seguro que sí."

"Discurso enredado... dice mucho sin decir nada. Palabras bonitas, poca sustancia. Clásico."

"Menciona 'unidad', 'tradición' y 'bendición del Gran Espíritu'. No menciona dónde salió el dinero para todo esto. Interesante."

"Capitán Capibara parece dormido de pie. Se rasca la panza. ¿Se dio cuenta de que está en un evento oficial?"

"Padre Topo mueve los labios. ¿Reza o murmura otra queja? Difícil saberlo."

"Multitud aplaude como si les pagaran. Mucho entusiasmo, poco pensamiento crítico."

"Conclusión preliminar: festival bonito, buena comida, políticos iguales de siempre." —murmuraba, escribiendo en su libreta.

Nada parecía fuera de lo común.

Nadie sospechaba nada.

Pero la bomba estaba allí. Esperando.



Capítulo 2: Sombras en el Festival

El sol teñía el cielo de un tono dorado cuando la música y el bullicio del Festival del Gran Espíritu llenaban cada rincón del Valle Central. Mientras los pobladores bailaban y reían, otros se movían con intenciones menos festivas.

El festival seguía en su punto más alto. La música, la comida y las risas llenaban la plaza. Pero mientras la mayoría disfrutaba de la celebración, Don Salustiano el Cónedor tenía la cabeza en otra parte.

Después de su conversación con la Chola Cuchi, su mente no dejaba de dar vueltas. Esa estatua era suya. O bueno, de su bisabuelo. Pero ¿qué importaba? La sangre no miente. Y si algo había aprendido en sus años de vida, era que si no peleabas por lo tuyo, alguien más lo haría.

Con movimientos calculados, se fue alejando de la multitud, evitando llamar la atención. No podía permitirse actuar con torpeza. Si quería recuperar la estatua, debía pensar como un cazador: esperar, observar y atacar en el momento justo.

Se paró en una de las esquinas de la plaza, con su habitual expresión de desdén, y comenzó a estudiar a los asistentes. ¿Quién podría serle útil?

Primero, se acercó a Don Clodomiro, el viejo cónedor amargado. Un ave con demasiadas historias y aún más quejas.

—Hmpf... mirá esa estatua, Clodomiro. Antes el Valle no era así. Antes se respetaban las cosas.

El otro cónedor arrugó el ceño, revolviendo sus plumas canosas.

—Bah... antes todo era mejor, sí. Pero ahora este pueblo solo piensa en fiestas y tonterías.

Salustiano asintió con fingida resignación.

—Y lo peor, Clodomiro, es que esa estatua... esa estatua no es del pueblo.

El viejo levantó una ceja.

—¿Qué estás diciendo?

Salustiano se cruzó de alas, bajando la voz.

—Digo que antes pertenecía a mi familia. Mi bisabuelo la compró con su propio esfuerzo, pero ese alcalde charlatán la puso aquí como si fuera un regalo suyo.

El viejo Clodomiro miró la estatua con ojos más atentos. La duda estaba sembrada.

—Si eso es cierto... qué descaro.

Salustiano sonrió internamente. Un paso más cerca.



Mientras tanto, Jorge "Cebolla" y Ramón el Sapo andaban en sus propios asuntos.

Detrás de los puestos de comida, en un callejón donde el humo de las parrillas se mezclaba con el aroma a chicha fermentada, Jorge "Cebolla", el zorro andino, cruzó los brazos y sonrió con suficiencia.

Frente a él, Ramón el Sapo contaba monedas con sus dedos regordetes y húmedos. Sus ojos, pequeños y astutos, brillaban con ambición.

— "Esta noche el negocio va bien, amigo," dijo Ramón, frotándose las manos. "Los amuletos se venden como pan caliente. La gente siempre quiere protección contra espíritus y maldiciones."

Jorge asintió, observando de reojo a la multitud.

— "Tienes razón, Ramón... pero hay cosas mucho más valiosas que esos colgajos baratos."

El sapo parpadeó, interesado.

— "¿Ah sí? ¿De qué hablas?"

Jorge se encogió de hombros, haciéndose el desinteresado.

— "Digamos que el plan está avanzando... como lo planeamos."

Ramón ladeó la cabeza, curioso.

— "¿Y nuestro amigo?"

— "Ah... Él está en su lugar, sin sospechar nada. Justo donde lo queremos."

Ramón soltó una carcajada gutural, frotándose la panza.

— "¡Ja! Eso me gusta. Ya quiero ver cómo termina todo esto."

Jorge sonrió, mostrando los colmillos.

— "No te preocupes. Cuando llegue el momento, todo caerá en su sitio."

Ninguno de los dos dijo nombres. No hacía falta.

Ramón el Sapo nunca había sido un tipo paciente. Comerciaba con amuletos, relicarios y todo tipo de "objetos místicos" que los incautos compraban sin cuestionar su autenticidad.

Pero esa estatua... esa maldita estatua... ¡era diferente!

Cuando la vio por primera vez, su corazón casi se le sale del pecho. No era como sus baratijas comunes.

Su piel húmeda se estremeció con emoción.

La necesitaba.

Y la iba a conseguir.

Mientras tanto, en la plaza central, Felipe, el Oso Jucumari, estaba enredado en un problema del que ni siquiera sabía si quería salir.

A su alrededor, Los Mellizos Armadillos, Chato y Rulo, rodaban como trompos a su alrededor, empujándolo entre risas.

—"¡Vamos, Felipe, ayúdanos!"

—"¡No seas flojo!"

Felipe rascó su cabeza peluda, confundido. Cebolla le había dicho que estuviera atento, pero nunca le aclaró exactamente qué debía hacer.

¿Se suponía que debía ayudar con los arreglos del festival? ¿O solo tenía que estar ahí, sin meter la pata?

Los armadillos, que claramente habían escuchado su duda antes, aprovechaban la confusión para burlarse de él.

Los Mellizos seguían girando como locos, jugando con él sin darle un respiro.

—"¡Chicos, un rato! ¡Estoy ocupado!"

—"¿Ocupado, ocupado en nada?" se burló Chato.

Felipe gruñó levemente.

Sí, estaba buscando a una nueva vendedora de empanadas. Había rumores de que ella decía que sus empanadas son mejores que las mías, y eso no puede quedarse así — replicó el oso.

Pero entre los juegos de los Mellizos y la confusión en su cabeza, ya no sabía si debía estar pendiente de la estatua, de Cebolla o de las empanadas.

Y mientras él dudaba...

Las cosas ya estaban en movimiento.

Desde lo alto de un viejo árbol, donde la luz apenas llegaba, Guajojo observaba.

Sus ojos amarillos centelleaban entre las hojas, fijos en la estatua, en el alcalde, en la multitud. Nada escapaba a su mirada afilada.

Una risa extraña, entrecortada, flotó en el aire.

"Jua... jua... jua..."

Oculto en la penumbra, el exminero planeaba su propia venganza. Las minas lo habían dejado sin nada, el pueblo lo había olvidado, pero él no se había olvidado de ellos.

Y su mensaje estaba listo para ser entregado.

Bajo las alas desgastadas de Guajojo, los restos de pólvora y ceniza ensuciaban sus plumas. Había pasado noches enteras fabricando la bomba, escondiéndola en la estatua, ajustando cada detalle.

—"No sospechan nada... No saben lo que viene."

El sonido del festival lo envolvía, pero él solo escuchaba el tic-tac de su propia cuenta regresiva.

Pronto, el Valle Central dejaría de ser el mismo.

—"Todos olvidaron quién soy. Todos piensan que Guajojo desapareció... ¡pero aquí estoy!" —susurró con voz rasposa.

—"Ellos bailan, ellos ríen... ¡pero no se reirán por mucho tiempo! No. No cuando sientan lo que es perderlo todo, como yo lo perdí..."

Sus ojos se clavaron en la bomba.

—"El Valle Central olvidó a Guajojo... pero Guajojo no olvidó al Valle Central."

Y entonces, su risa-llanto resonó, extendiéndose por la noche como un mal augurio.

"JUA... JUA... JUA..."

Lucianita estaba sentada en una banca, concentrada en sus apuntes. Llevaba horas observando y anotando todo sobre el festival, desde los vendedores de empanadas hasta los juegos de feria.

Pero algo llamó su atención.

Cerca de la posada, El Tío Búho —un personaje envuelto en misterio— hablaba en voz baja con Doña Paca la Puma, la dueña de la posada.

—“Te digo, Paca... lo oí esta madrugada.”

—“¿Otra vez con eso?” —respondió ella, con su voz ronca pero seductora—. “Seguro fue el viento.”

—“No, no... fue una risa-llanto.”

Lucianita dejó de escribir. No anotó nada, solo escuchó.

—“Lo oí cuando estaban organizando el festival...”

—“Bah, no asustes a la gente.”

Pero la expresión de Doña Paca mostraba que no estaba tan segura.

Lucianita cerró su cuaderno con interés.

Tal vez había algo más que investigar en este festival.



Capítulo 3: La Fiesta comienza

El alcalde había insistido durante semanas en que la celebración de esa noche sería inolvidable. Como sabemos la plaza se encontraba decorada con banderines de colores, las mesas de los vendedores rebosaban de delicias locales y la música flotaba en el aire con un ritmo animado que hacía olvidar las preocupaciones cotidianas. Pero el verdadero atractivo de la noche, según la insistente propaganda del alcalde, serían los fuegos artificiales que traerían un aire de modernidad al pueblo, un toque de espectáculo que la gente recordaría durante años.

El alcalde, con su pecho inflado de orgullo y la voz fingida por la emoción del espectáculo, se subió al balcón principal del edificio municipal, alzó sus alas como un profeta satisfecho y gritó con la fuerza de quien sabe que está a punto de ganar el cariño del pueblo con un truco barato:

—¡Que comiencen los fuegos artificiales!

La multitud estalló en vítores y aplausos, las familias alzaron a los niños sobre sus hombros y las parejas se apretujaron con la esperanza de un beso robado bajo el resplandor de las luces. Pero mientras todos miraban al cielo, en un rincón de la plaza, Jorge "Cebolla" afinaba su plan.

No tenía tiempo que perder. Con la rapidez de quien ha ensayado cada movimiento en su cabeza, deslizó la estatua dentro de una caja de madera y la dejó a un costado, fingiendo que solo estaba ordenando un poco el desastre de los vendedores. Su plan era simple: decirle a Felipe, el oso jucumari, que hiciera algo por primera vez en la noche.

Se acercó a él con su habitual tono de fastidio disfrazado de camaradería:

—¡Felipe, caramba! ¿No hiciste nada en toda la noche, eh? Hazme un favor, ¿sí? Esa caja estorba, llévala a la esquina de la tienda del señor Sapo, aunque seguro ni le gustará tener más desorden... ¡pero no nos importa!

Felipe, que en ese momento intentaba decidir si debía seguir viendo los fuegos artificiales o seguir buscando a la vendedora de empanadas con la que tenía una rivalidad silenciosa, aceptó sin pensarlo mucho. Se agachó, levantó la caja con facilidad y comenzó a caminar con su andar despreocupado.

Pero el destino —o el puro infortunio— le tenía preparado otro camino.

Antes de llegar a su destino, Chato y Rulo, los Mellizos Armadillos, aparecieron rodando a su alrededor como dos pequeños tornados de energía inagotable.

—¡Oye, Felipe! ¡Deja esa caja, ven a jugar un rato! —gritó Chato.

—¡Sí, sí! No seas un viejo aburrido —agregó Rulo, dándole un empujón amistoso.

Felipe intentó esquivarlos, pero en un momento de distracción, dejó la caja apoyada en la esquina equivocada.

—Un rato, chicos, solo un rato...

Se quedó jugando con ellos, olvidando por completo la caja que Cebolla le había encomendado. Y así, sin saberlo, dejó la estatua a merced del azar.

Fue en ese momento cuando apareció Juancito el Mono Capuchino, el más travieso y problemático de la zona.

Sus pequeños ojos astutos se posaron en la caja abandonada y una sonrisa apareció en su rostro. Tenía la apariencia de una caja de bebidas de la licorería de Tatu.

—¡Vaya, vaya! —se dijo a sí mismo—. ¿Acaso alguien ha sido lo bastante descuidado para olvidar un cargamento de botellas?

Sin perder tiempo, la cargó y desapareció entre los callejones del pueblo.

El último fuego artificial estalló en el cielo con un trueno ensordecedor. El humo flotó sobre la plaza mientras los aplausos estallaban. La gente comenzaba a dispersarse, y fue en ese momento que una voz rasgó la tranquilidad de la noche.

—¡La estatua! ¡Ha desaparecido!

Los murmullos se convirtieron en exclamaciones de incredulidad.

El grito había venido de El Tío Búho, el anciano que solía vigilar la plaza como si fuera su territorio personal.

—¡Alguien la ha robado! —insistió, con las alas extendidas en un gesto dramático.

La multitud se agolpó alrededor del pedestal vacío.

Los ojos del alcalde se abrieron con horror.

—¡Esto es un escándalo! —exclamó, y sus plumas temblaron de furia.

Un murmullo recorrió la multitud cuando el Capitán Capibara llegó a la escena del crimen.

Gordo, imponente y con un andar pausado como si no tuviera una preocupación en la vida, se tomó su tiempo en llegar hasta el pedestal vacío. Antes de hablar, bostezó, se estiró un poco y miró a todos con sus ojillos tranquilos.

—Ajá... nos falta una estatua.

El alcalde, que ya estaba al borde del colapso, le agarró el brazo con desesperación.

—¡Capitán, esto es un escándalo! ¡Una desgracia para el pueblo! ¡Debemos actuar rápido!

El Capibara le dio un par de palmadas en la espalda con calma.

—Tranquilo, jefe, que las estatuas no tienen patas. No puede haber ido muy lejos.

Miró a la multitud con una sonrisa amistosa.

—A ver, amigos... ¿alguien la vio salir caminando?

Un silencio incómodo. Varias miradas esquivas.

El Capitán se rascó la panza, suspiró y se sentó en el suelo, cruzando las patas como si estuviera por contar una historia en la fogata.

—Bueno, nadie quiere hablar. Qué raro... —dijo, con un tono claramente sarcástico.

Metió la mano en su chaleco y sacó un paquete de galletas.

—Yo digo que nos tomemos un momento para pensar. ¿Alguien quiere una?

Varias manos se levantaron.

—¡No es momento para galletas! —gritó el alcalde, desesperado.

El Capitán le guiñó un ojo.

—Siempre es momento para galletas, jefe. Y mientras comemos, alguien va a soltar algo, ya verá.

Porque si había algo que el Capitán Capibara sabía, era que los secretos no se guardan bien con la boca llena.

Mientras todo eso sucedía, Lucianita estaba en otro lado, siguiendo su propio hilo de misterio.

Había llegado hasta el bar de Don Tito el Tatú Carreta, un lugar donde las sombras se mezclaban con el humo de los cigarros, los murmullos siempre escondían secretos y la madera vieja crujía bajo el peso de historias que nunca se contaban dos veces de la misma manera.

Lucianita empujó la pesada puerta de madera del bar de Don Tito el Tatú Carreta y fue recibida por una mezcla de humo, risas y el inconfundible aroma de chicha fermentada. Las lámparas de queroseno parpadeaban con una luz cálida y temblorosa, proyectando sombras que hacían que el lugar se sintiera aún más secreto de lo que ya era.

Detrás de la barra, Don Tito pulía un vaso con su eterno aire de sabiduría de cantinero. Al verla entrar, alzó una ceja y le dio una mirada de "aquí viene alguien con preguntas".

—Vaya, vaya, si es la pequeña Lucianita —dijo con su voz rasposa—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Vienes por una historia o por un trago?

—Historias, por ahora —respondió ella, sacando su libreta—. Me contaron que anoche hubo... algo raro.

Don Tito soltó una carcajada grave y le sirvió un vaso de agua sin preguntar.

—Raro es lo único que tenemos en este pueblo, niña. ¿A qué te refieres exactamente?

Lucianita se inclinó un poco sobre la barra, bajando la voz.

—Alguien mencionó haber visto algo... en los árboles. Ojos brillantes. Como si alguien estuviera mirando desde la oscuridad.

Don Tito dejó el vaso a un lado y se cruzó de brazos.

—Ah, eso... sí, sí. Los que hablaron de eso fueron los Chanchos Troperos. Pero ya sabes cómo son...

Lucianita suspiró.

—Boorrachos! —una voz perezosa y pesada la interrumpió desde un rincón oscuro. Era Basilio el Perezoso, que se había pasado la noche escuchando la conversación desde su rincón.

—Exacto —asintió Don Tito—. Pero estaban convencidos de que algo o alguien los observaba. Míralos allá, siguen en su rincón, dándole a la botella como si el tiempo no pasara.

Lucianita volteó hacia la mesa donde la Banda de los Chanchos Troperos se encontraba. Justo cuando iba a caminar hacia ellos, ellos bebían y cantaban con la alegría torpe de quienes han visto el fondo de demasiadas copas, allí, en una mesa del rincón.



—Dicen que vieron algo extraño anoche —dijo Lucianita, sacando su libreta.

Los cerdos se miraron entre ellos y rieron.

—¡Ojos, pequeña! Ojos en los árboles, mirándonos, siguiéndonos, acechándonos... —dijo uno de ellos, con la voz arrastrada por el alcohol.

Lucianita frunció el ceño.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, anotando rápido.

—Tan seguro como que esta chicha está aguada —respondió otro, golpeando la mesa.

Sin embargo, antes de que pudieran profundizar más, una voz perezosa y burlona interrumpió la conversación.

Basilio el Perezoso, alzó la voz de nuevo con su tono lento y burlón:

—Juaaa... juaaa... ¿Y quién les va a creer a ustedes, borrachos? Seguro vieron brillar el reflejo de su propia estupidez.

Después de que Basilio el Perezoso se burlara de ellos, los Chanchos Troperos resoplaron indignados, pero uno de ellos, con los ojos bien abiertos y la voz temblorosa, se atrevió a hablar:

—¡Es verdad! —exclamó, con un tono asustado—. Fue algo sobrenatural... Después de ver esos ojos brillantes, escuchamos algo... algo como un llanto... ¡Terrible! Quizás era un alma en pena... ¡Dio miedo!

Los demás chanchos se estremecieron y se miraron unos a otros con inquietud, hasta que uno no pudo evitar temblar y soltar un largo y escalofriante:

—Uuuuuuuu...

El efecto fue inmediato: hasta el más borracho de ellos se encogió en su asiento, y por un momento, el bar entero pareció sentirse un poco más frío.

Lucianita cerró su libreta, sintiendo que aún no tenía pruebas suficientes, pero que estaba cada vez más cerca de algo importante.

Mientras en la plaza el Capitán revisaba cada rincón, interrogaba testigos y la gente murmuraba teorías sobre la estatua perdida, Juancito el Mono seguía su camino.

Juancito el Mono Capuchino, sin saberlo, ya había llevado la caja equivocada al escondite de Ñata la Nutria Gigante, una comerciante quien hablaba rápido, vendía cosas robadas y siempre estaba corriendo de un lado a otro.

La encontró detrás del mercado, en su puesto improvisado donde siempre tenía algo "exclusivo" para vender. Ñata estaba revisando un lote de relojes de dudosa procedencia cuando Juancito apareció con la caja.

—Mira lo que te traje —dijo con una sonrisa astuta, dándole un golpecito a la madera—. ¡Un lote premium directo de la licorería de Tatu!

Ñata entrecerró los ojos.

—¿Y por qué Tatu te confiaría su mercadería, eh? ¿Desde cuándo eres repartidor?

Juancito se encogió de hombros con total naturalidad.

—Tatu ni se enteró. La caja estaba ahí, esperando a alguien con ojo para los negocios.

Ñata chasqueó la lengua y empezó a levantar una de las tablas de la caja, pero Juancito, más rápido que un chisme en mercado, se puso en medio con una sonrisa y empezó a hablar sin parar.

—¡Ñata, Ñata, Ñata! ¿Tú aquí revisando cajas cuando el festival está en su mejor momento? ¡Por Dios! ¿No oíste los fuegos artificiales? Fueron una locura, la gente gritaba, el cielo parecía que se venía abajo. ¿Y la comida? ¡Ni te cuento! Hay una empanada de queso que se está vendiendo como pan caliente, ¡si parpadeas te quedas sin nada! ¿Y qué haces tú? Perdiendo el tiempo con unas cajas en vez de aprovechar el pueblo que está gastando su plata a lo loco. ¡Piensa en todo el dinero que estás dejando de hacer ahora mismo!

Ñata frunció el ceño.

—Bueno, pero...

—¡Pero nada! —interrumpió Juancito, agitando las manos—. Mientras tú revisas esta caja, yo podría estar disfrutando un buen sandwich. ¡Y tú podrías estar vendiendo el doble allá afuera! Vamos, Ñata, dame lo que tengas suelto y me largo, ¡te estoy haciendo un favor!

Ñata lo miró con una mezcla de fastidio y prisa. Miró la caja, luego hacia la plaza donde el bullicio del festival seguía con fuerza.

—Bah, dame un segundo...

—¡¿Un segundo?! —exclamó Juancito, llevándose las manos a la cabeza—. En un segundo podrían acabarse las empanadas, las cervezas frías y quién sabe qué más... ¡y yo aquí, discutiendo como si fuera a venderte un lingote de oro!

Ñata resopló, harta de su parloteo.

—¡Ya, ya! ¡Toma esto y vete de una vez!

Sacó unas monedas del bolsillo y se las lanzó sin mirarlo. Juancito las atrapó con agilidad, las besó y salió corriendo.

—¡Ñata, querida, si no fuera por mí, serías rica pero aburrida!

Ñata resoplo, empujó la caja dentro de su bodega sin darle otra mirada y siguió con sus asuntos.

Así, la estatua acababa de cambiar de manos otra vez, sin que nadie supiera la magnitud del enredo en el que estaban metidos.

Mientras tanto, Juancito ya iba camino al festival, feliz con su ganancia y soñando con una montaña de comida.

Y así, entre errores, malentendidos y un destino que se tejía sin que nadie pudiera controlarlo, la historia seguía su curso.

El misterio acababa de comenzar.



Capítulo 4 - Descubrimiento y Caos

La noche en el festival seguía su curso. Entre luces de colores y el aroma de comida recién hecha, la música continuaba animando a la multitud. Pero mientras algunos disfrutaban de la celebración, otros estaban sumidos en el caos de un misterio que crecía con cada minuto.

Lucianita, con su libreta bajo el brazo y una expresión decidida, se dirigió a la iglesia del pueblo, donde esperaba encontrar respuestas. Si había algo sobrenatural rondando el festival, necesitaba la opinión de alguien con más conocimientos sobre lo inexplicable.

El Padre Topo, el cura del pueblo, era un topo viejo y sabio, con bigotes canosos y gafas gruesas que le resbalaban por la nariz. Lucianita lo encontró en su despacho, un pequeño cuarto con estanterías llenas de libros gastados y una lámpara de aceite que parpadeaba con cada brisa nocturna.

—Padre, necesito su ayuda —dijo Lucianita sin rodeos, abriendo su libreta—. Hay rumores de algo extraño... ojos brillantes en los árboles, una risa escalofriante. Algunos dicen que es un fantasma.

El Padre Topo entrecerró los ojos y suspiró, como quien ha escuchado demasiadas historias en su vida.

—Ah... Eso no es un fantasma, Lucianita —dijo, acomodándose las gafas—. Es el Guajojo.

Lucianita frunció el ceño.

—¿El Guajojo?

—Un ave que antes fue minera... o eso decían. Nadie sabe de dónde vino ni por qué terminó en las profundidades de la mina, pero lo cierto es que desapareció hace años. Sin embargo, su risa y sus ojos... son como la que describes.

Lucianita anotó rápidamente.

—¿Si no está muerto, por qué anda escondido? ¿Qué tramará?

El Padre Topo la miró con gravedad.

—Eso, querida, solo tú puedes descubrirlo. Si lo buscas, lo encontrarás en las ruinas de la vieja mina, al otro lado del río. Pero ten cuidado... uno no se aleja de la sociedad sin motivo.

Lucianita asintió, sintiendo que algo grande estaba por descubrirse.

Mientras tanto, en la plaza, el plan del Capitán Capibara comenzaba a dar frutos. A su alrededor, un grupo de vecinos disfrutaba de una ronda de comida cortesía del festival. Entre risas y bocados, los chismes volaban más rápido que los propios fuegos artificiales.

La Chola Cuchi, una pecarí mandona y metiche por naturaleza, se acomodó su pañuelo de colores y, con la boca aún llena de tamal, decidió soltar lo que sabía.

—Yo digo que Don Salustiano tuvo algo que ver —declaró, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Se la pasaba diciendo que la estatua le pertenecía a su familia, que “¡Mi bisabuelo la compró hace cien años! Pero ese farsante del alcalde la puso aquí como si fuera un regalo suyo. ¡Es una burla!”

Luego, con una sonrisita falsa y un suspiro teatral, añadió:

—Pero claro, pobrecito el Don Salustiano, un ancianito que siempre dice que antes todo era suyo. Pero bueno, ¿quién soy yo para juzgar? —dijo, alzando las cejas con inocencia fingida.

El Capitán Capibara masticó lentamente su empanada, tomándose su tiempo para procesar la información.

—Ajá... ¿y alguien más oyó eso?

Varios vecinos asintieron al unísono, entre ellos Doña Meche la Vizcacha, que con su manía de exagerarlo todo añadió:

—¡Sí, sí! Y dijo que si pudiera, se la llevaría a su casa.

El Capitán se sacudió unas migas del chaleco y, con la misma calma de siempre, se puso de pie.

—Bueno, pues parece que tenemos a un sospechoso.

Pero antes de que pudiera siquiera llamar a su asistente, Don Salustiano, el Cónedor, que había estado escuchando desde la distancia, abrió los ojos como platos.

—¡Ja! ¡Ustedes no me atrapan! —exclamó antes de extender sus enormes alas y alzar el vuelo con una rapidez sorprendente para su edad.

—¡Ah no, así no juega la cosa! —dijo el Capitán, tragando su último bocado de empanada de golpe—. ¡Atrápenlo!

Lo que siguió fue una persecución desastrosa a través del festival.

El Cónedor volaba bajo, zigzagueando entre los puestos de comida, mientras varios oficiales y vecinos corrían tras él. En el proceso, Doña Ramona la Armadillo terminó con una fuente de ají de fideo sobre la cabeza, el puesto de anticuchos de Don Genaro se volcó entero, y en un giro particularmente desafortunado, un pastel entero terminó estrellándose de lleno en la cara del alcalde.

—¡Mi traje! —chilló el alcalde, sacudiéndose la crema del pico—. ¡Este era importado!

Finalmente, la caótica persecución terminó en el mercado, donde Don Salustiano, jadeante y con las plumas revueltas, quedó acorralado entre un puesto de verduras y otro de especias.

—¡Esto es injusticia! —chilló—. ¡No tienen pruebas! ¡Me están persiguiendo por ser viejo y sabio!

El Capitán, con su clásico aire despreocupado, le dio unas palmaditas en el ala antes de ponerle las esposas.

—No te preocupes, amigo, pronto descubriremos la verdad. Mientras tanto, disfruta de nuestra cómoda celda y su exquisita decoración con rejas de hierro.

Don Salustiano resoplo, pero no tenía escapatoria. Mientras lo escoltaban fuera del mercado, la Chola Cuchi ya le contaba a quien quisiera oírlo:

—¡Yo sabía! Si es que uno tiene ojo para estas cosas, ¿no ve?

En otro rincón del pueblo, Ñata la Nutria Gigante terminaba un negocio con Doña Paca la Puma, dueña de la posada. Como un gesto de cortesía, Ñata le ofreció la caja que había recibido de Juancito el Mono.

—Toma, Doña Paca, un regalito extra por ser mi clienta preferida.

Doña Paca arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Licor? ¿Así de gratis?

—¡Ah, no me hagas perder tiempo! —se apresuró a decir la Nutria—. Tengo otros negocios que atender. Acéptalo, disfrútalo, y cuando me necesites otra vez, ya sabes a quién buscar.

Intrigada pero sin sospechar nada, Doña Paca aceptó la caja y la llevó a su posada, sin darse cuenta de que tenía en sus manos la estatua robada.

Mientras tanto, Jorge "Cebolla" el Zorro Andino tenía problemas. Y no cualquier problema, sino uno de esos que le podían costar caro.

Ramón, el Sapo Gigante del Chaco, estaba furioso. Su enorme boca se apretaba en una línea tensa, y sus ojos saltones casi parecían más grandes de la rabia.

—¡Me prometiste la estatua y nunca llegó! —croó Ramón, golpeando la mesa con una de sus patas gruesas, haciendo temblar los vasos sobre ella.

Cebolla, que sabía manejarse en las peleas verbales, pero no en las físicas—y menos con un sapo del tamaño de una maleta—, alzó las manos en defensa.

—¡Tú te la quedaste! —acusó, cruzándose de brazos con fingida seguridad—. Yo cumplí con mi parte, el trato estaba hecho. Si no llegó a tus manos, no es mi problema.

Ramón lo miró con sus enormes ojos sin parpadear, lo que lo hacía aún más intimidante.

—Escúchame bien, zorrito —gruñó, acercando su hocico al de Cebolla—. Si no resuelves esto rápido, le pondré un precio a tu cuello. Y créeme, hay muchos por aquí que estarían encantados de cobrarlo.

El zorro tragó saliva, sintiendo un sudor frío en la espalda. Ramón no era solo un comerciante ambulante, era un tipo con contactos y, sobre todo, con muy poca paciencia.

—Tranquilo, viejo... No hay necesidad de ponernos tan dramáticos —intentó calmarlo, aunque su sonrisa era más nerviosa que confiada—. Lo resolveré.

Ramón resopló y, tras un último golpe en la mesa, se dio media vuelta y se perdió entre la multitud del festival.

Cebolla se quedó allí un momento, sintiendo cómo su corazón le latía rápido en el pecho. Maldición. Esto se estaba saliendo de control.

Pero en su interior, una sospecha iba cobrando fuerza.

Felipe.

Algo pasó con Felipe.

Él tenía que ver con esto.

—Seguro que ese idiota tiene la culpa —murmuró para sí mismo, apretando los dientes.

Y tenía que encontrarlo antes de que las cosas empeoraran aún más.

Felipe, sin saber que Cebolla lo estaba buscando, estaba demasiado ocupado discutiendo con una nueva vendedora de empanadas.

Era una cabra criolla, de sonrisa dulce y cabello recogido en dos trenzas. Se llamaba Carmela y había llegado recientemente al pueblo.

—¡Cómo que dices que tus empanadas son mejores que las mías! —exclamó Felipe con indignación, cruzándose de brazos.

Carmela parpadeó, sorprendida.

—¿Eh? Pero si yo nunca dije eso...

—¡Claro que sí! —interrumpió Chato, el Armadillo, riendo—. ¡Nosotros lo oímos!

—¡Sí, sí! —agregó Rulo—. ¡Felipe, no puedes dejar que se burle de tu cocina!

Felipe, picado en su orgullo, apretó los puños.

—¡Pues si es así, que la gente decida!

Antes de que Carmela pudiera protestar, los armadillos ya estaban gritando:

—¡Desafío de empanadas! ¡Desafío de empanadas!

Los curiosos del festival se acercaron en tropa, y en cuestión de minutos, la discusión se había convertido en un espectáculo.

En medio del alboroto, Juancito, el Mono Capuchino, vio la oportunidad perfecta para hacer de las suyas. Entre gritos y risas, se escabulló entre los puestos, aportó también con gritos y, con la rapidez de un rayo, se robó un par de empanadas, desapareciendo entre la multitud con una sonrisa pícara, después.

Pero el caos fue tal que un oficial de policía apareció de repente.

Se trataba del Sargento Overo, un lagarto de piel grisácea, postura firme y uniforme impecable. Caminó con autoridad hasta el centro del desorden, con los ojos entrecerrados de pura desaprobación.

—¡Basta! —ordenó con voz grave—. ¿Qué está pasando aquí?

Los armadillos, al ver la situación ponerse seria, se miraron entre sí... y sin decir palabra, salieron rodando a toda velocidad, desapareciendo entre los puestos del festival.

El Sargento Overo cruzó los brazos y señaló a Felipe con su cola.

—Este oso está causando desorden público.



—¡¿Qué?! ¡Pero si yo solo...!

—Acompáñeme a la comisaría —dijo el lagarto, tajante—. Te llevaré con mi superior, el Capitán Capibara.

Y así, Felipe terminó arrestado, sin entender bien cómo todo se le había salido de control tan rápido.

Mientras la noche avanzaba, la estatua continuaba su recorrido sin que nadie lo supiera.

Doña Paca la había llevado a su posada, el Capitán tenía al Cóndor tras las rejas, Cebolla buscaba a Felipe, y Lucianita se preparaba para encontrar al Guajojo.

El misterio estaba lejos de resolverse... y el verdadero caos apenas comenzaba.



Capítulo 5 - Carrusel de sospechosos

La noche del festival seguía llena de luces y risas, pero en el otro extremo del río, donde las sombras de la vieja mina se alargaban como espectros olvidados, reinaba un silencio perturbador. Lucianita, la paraba frente roja, avanzaba con su libreta apretada contra su pecho. Su corazón latía rápido, pero su instinto de reportera le decía que aquí, en estas ruinas, estaba la historia de su vida.

Cada paso crujía sobre tablones húmedos y oxidados. El aire olía a polvo y metal antiguo. Con una respiración temblorosa, encendió su linterna y la movió de un lado a otro.

—Vamos, Lucianita... no es la primera vez que te metes en algo peligroso —susurró para darse ánimos.

El haz de luz iluminó las paredes roídas de la mina, donde inscripciones gastadas por el tiempo apenas se distinguían. Unos metros más adelante, sobre una mesa de trabajo corroída, se extendían varios papeles cubiertos de polvo.

Lucianita se acercó con cautela, sopló la capa de polvo y entrecerró los ojos. Eran planos... esquemas de algo grande. Pasó la garra temblorosa sobre uno de ellos y sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Era el diseño de la estatua robada.

Pero no era solo eso. En su interior, había un extraño mecanismo detallado con símbolos de advertencia.

—¿Una bomba? —murmuró.

Sus plumas se erizaron. Las notas al margen mencionaban que la estatua había sido un encargo del alcalde, Don Alberto Plumas Finas, el flamenco líder del Partido Rosado, obsesionado con su imagen y sus discursos grandilocuentes.

—Entonces... ¿El Alcalde y el Guajojo?

La respuesta llegó antes de que pudiera siquiera procesar la pregunta.

Un sonido escalofriante rompió la quietud de la mina.

—Juaaaa... Juaaaaa...Juaaaaa...

La sangre de Lucianita se congeló. Era el llanto del Guajojo.

Ya había escuchado historias sobre su risa lúgubre y aterradora, pero escucharla en persona era otra cosa. Su cuerpo entero se paralizó cuando dos ojos amarillos brillaron en la penumbra.

—¡TÚ NO DEBES ESTAR AQUÍ!

El Guajojo emergió de las sombras con sus alas abiertas. Lucianita gritó, el miedo le atenazó las piernas, pero en un instinto de supervivencia, retrocedió a trompicones. Su pata tropezó con una viga rota y cayó de espaldas, rodando hasta la entrada de la mina.

El Guajojo no se quedó quieto. Se lanzó hacia ella, tratando de atraparla. No quería que se fuera... quería capturarla.

Con el corazón martillándole el pecho, Lucianita logró ponerse de pie y corrió. Cruzó el río sin mirar atrás, jadeando. Solo cuando estuvo lo suficientemente lejos, se atrevió a girarse.

Los ojos del Guajojo aún la miraban desde la oscuridad.

—Tengo que contarle esto al Capitán...

Simultáneamente en el Fogón del Yacaré que es un lugar con historia, el punto de encuentro de aquellos que operaban al filo de la ley en el Valle. Ubicado en una esquina oscura cerca de la plaza, el local era famoso por su parrilla de leña y su clientela poco escrupulosa. Las brasas ardían todo el día, y el aroma a carne asada flotaba en el aire, atrayendo a todo tipo de criaturas.

Detrás de la barra, Don Jacinto, un viejo yacaré con una cicatriz que le cruzaba el hocico, manejaba el restaurante con la calma de alguien que había visto de



todo. Su voz ronca se confundía con el chisporroteo de la parrilla mientras servía los pedidos con su característico ritmo pausado.

Ramón, el sapo gigante del Chaco, estaba sentado en su mesa de siempre, en el rincón más apartado del restaurante. Masticaba un palillo entre los dientes mientras removía con una uña su plato humeante: una mosca a la parrilla con guarnición de yuca frita. Sus enormes ojos saltones recorrían el local con un aire de superioridad. Sabía que todos en el Fogón lo respetaban, o al menos, lo temían.

—¿Y bien? —croó, con voz grave.

Al otro lado de la mesa, dos de sus secuaces, un par de cuises de pelaje desprolijos, se removieron incómodos.

—Jefe, lo de la estatua se complicó... Parece que el Capitán Capibara está metido en el asunto.

Ramón dejó el palillo sobre la mesa y tomó un largo sorbo de su mate amargo antes de responder.

—Eso ya lo sabía, tarados, tengo un infiltrado en la Policía. Lo que quiero saber es cómo vamos a arreglarlo. Tenemos que encontrar esa Estatua antes que ellos.

Uno de los cuises tragó saliva.

—Quizás podríamos... ofrecerles algo para que se olviden del tema.

El sapo sólo soltó una carcajada seca.

—No seas idiota. La gente como el Capibara no se compra fácilmente.

Se inclinó hacia adelante, clavando sus ojos en los cuises.

—Necesito que averigüen dónde está esa estatua. Y si Cebolla el zorro sigue metido en esto, quiero que lo traigan ante mí. Vivo.

Los cuises asintieron apresurados antes de salir del Fogón, dejando a Ramón con su plato a medio terminar. Don Jacinto, que había estado observando desde la barra, se acercó con su andar lento.

—¡Che, Ramón! Si vas a armar problemas, que sea afuera. No quiero que la policía venga a olfatear mi negocio.

El sapo gigante burlona, tomando otra mosca entre sus dedos gruesos.

—Tranquilo, Jacinto. Yo nunca armo problemas... solo los resuelvo.

Y con eso, le dio un mordisco a su cena mientras meditaba su próximo movimiento.

Mientras tanto en la alcaldía...

El Capitán Capibara avanzaba con su característico paso firme y seguro hacia la oficina del alcalde.

—Le tengo buenas noticias, señor alcalde —dijo, con su voz grave y tono tranquilo—. Atrapamos al culpable.

El alcalde, quien estaba parado con una pata elegantemente levantada al frente de su flamante escritorio, levantó la vista con una expresión de satisfacción.

—¡Eso es excelente! —dijo, acomodando sus plumas—. Por fin, el pueblo verá que tenemos justicia rápida y eficiente.

Antes de que el Capitán pudiera continuar, la puerta se abrió de golpe.

—¡Capitán! —interrumpió Don Clodomiro, el viejo cóndor, con su gran envergadura de alas y su aire de grandeza.

El Capibara suspiró con evidente molestia.

—¿Qué pasa ahora?

—Vengo a testificar. Vi a Salustiano lejos del lugar del crimen cuando ocurrió el robo. Él no fue.

El Capitán arqueó una ceja.

—¿Dónde estaba entonces?

—Estaba observando los fuegos artificiales, muy lejos del centro de la plaza —contestó Don Clodomiro con tono solemne.

El alcalde se golpeó la frente.

—Entonces tenemos a un inocente —admitió el Capitán, rascándose la barbilla—. Habrá que liberarlo.

Con un suspiro, salió junto a Don Clodomiro, dejando al alcalde con una expresión de fastidio.

En ese momento en la comisaría...

Felipe tamborileaba los dedos sobre la mesa de madera.

—Bueno, esto es un lío...

Salustiano resopló.

—No tienes idea. ¡Me acusan de robar mi propia estatua!

Felipe se quedó en blanco.

—¿Qué estatua?

—La del Guardián del Valle.

—¡Paraaaa! ¡Se robaron la estatua?! ¿Y era tuya?

—Bueno, no exactamente mía, pero mi bisabuelo la mandó a hacer hace cien años...

Felipe sintió un sudor frío. Si la estatua había desaparecido y Cebolla tenía algo que ver con esto, eso significaba que él...

Justo en ese momento, el Capitán y Don Clodomiro entraron.

—Salustiano, estás libre —anunció el Capitán.

Pero antes de que pudieran salir, Felipe levantó una pata.

—¡Alto! Tengo algo que decir.

El Capitán lo miró con fastidio.

—Qué quieras Felipe y por qué estas tú aquí??— preguntó el Capitán.

—Fui engañado por Cebolla... él me pidió ayuda para sacar una caja pesada del centro de la plaza. Yo no sabía qué era, pero puedo mostrarles dónde la dejamos, quizás sea la estatua.

Salustiano se quedó boquiabierto.

—¡NOOOO, o sea que este zorro se robó mi estatua!

Don Clodomiro se tapó la cara, rezongando entre dientes algo ininteligible.

El Capitán suspiró.

—Parece que tenemos otro camino a seguir. Vamos a buscar a ese zorro.

Los tres salieron de la comisaría en busca de Cebolla.

Minutos después...

Después de que se marcharon, las puertas de la comisaría se abrieron de golpe.

Poom!

Cebolla entró junto al Padre Topo, respirando agitado.

—¡Señores, necesito su ayuda!

El Sargento Overo, con su imponente presencia, lo miró con seriedad.

— ¿Pero qué? ¿Qué ocurre? — incrédulo de la osadía del zorro.

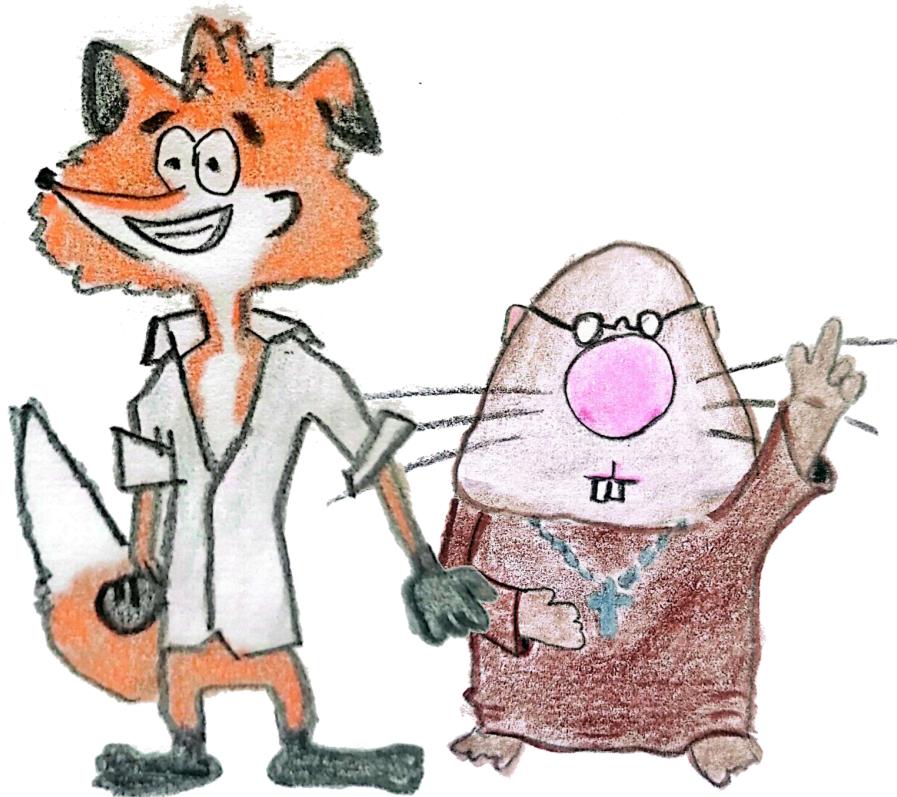
Cebolla tragó saliva.

—¡Vi a Ramón, el sapo gigante del Chaco, llevándose la estatua!

El Padre Topo asintió solemnemente.

—Tuve que esconderme en la iglesia. Cuando creí que ya no corría peligro, vine aquí junto al Padre que me protegió de esos malvados!

Cebolla había oído de Juancito el mono capuchino que Felipe fue arrestado. Con miedo de ser incriminado, tenía que actuar rápido. Y qué mejor que desviar la atención hacia otro sospechoso... y mejor aún si ese otro quería su cuello.



Más tarde, en el bar de Don Tito...

El Tío Búho, envuelto en su manto de misterio (que en realidad solo era puro chisme nocturno), contaba la historia a Don Tito, el Tatú Carreta.

—Y así fue que Salustiano salió libre, el Capitán fue tras Cebolla, y Lucianita... bueno, nadie sabe qué pasó con ella en la mina, aún no vuelve.

Don Tito tomó un sorbo de su trago y resopló.

—Yo solo digo... el que mete la pata, después se ahoga en el barro.

Basilio el perezoso, que dormitaba en una esquina, se rió entre sueños.

—aaah, capaz que cuando despierte ya soy el nuevo sospechoso.

La Banda de los Chanchos Troperos rieron. El pueblo, sin saberlo, estaba en el ojo de una tormenta de secretos y mentiras...

Capítulo 6: Menú Especial: Confusión y Sospechas

La comisaría estaba envuelta en la quietud tensa antes de la media noche. El aire olía a papeles viejos y café recalentado, mientras las pocas luces titilaban como si también estuvieran exhaustas. El Capitán Capibara y Felipe llegaron agotados, sin rastro de Cebolla, con la frustración pintada en el rostro. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al encontrar a Cebolla el Zorro esperándolos en el despacho, con el Padre Topo a su lado. Frente a ellos, de pie como un guardián estoico, el Sargento Otero los custodiaba, junto al Suboficial Roca, una vieja tortuga chaqueña con semblante bonachón y pasos pausados, pero mente aguda.

El Capitán esbozó una sonrisa de triunfo y se acomodó el uniforme con orgullo.

—¡Buen trabajo, equipo! —exclamó con un tono solemne, mirando a Otero y Roca—. Esto hay que informarlo de inmediato. Suboficial, déle aviso al Alcalde Plumas Finas y a la prensa.

Antes de que el Suboficial pudiera reaccionar, el Padre Topo se adelantó, moviendo sus cortas patitas con nerviosismo.

—Hijo, hijo, hijo, espera un momento... —su voz, pausada y profunda, resonó en la sala.

Pero fue Cebolla quien se adelantó, alzando la voz con su carismática habilidad para el engaño.

—¡Se están equivocando, compadres! —protestó, su cola esponjosa agitándose—. Yo no tengo nada que ver con el robo de la estatua, el verdadero culpable es ¡Ramón, el sapo gigante del Chaco! El Padre Topo lo vio todo.

El Capitán abrió mucho los ojos, tomó aire y, tras un segundo de silencio, exclamó:

—¡Changos, estamos jodidos!

—¡Otra vez lo mismo, detuvimos a otro inocente!— se lamentó el Capitán.

Felipe y Otero se miraron antes de llevarse las patas a la cabeza.

El Capitán suspiró, tamborileando los dedos sobre su cinturón.

—Si Ramón es el verdadero culpable, entonces ahora nuestro objetivo es atraparlo. Otero, sal a patrullar y avisa si ves algo sospechoso.

Mientras tanto, en lo alto de las colinas, Lucianita avanzaba tambaleante, su cuerpo exhausto y su mente sobrecargada de pensamientos. Sabía que el Alcalde estaba involucrado, que algo grande se estaba tramando con la estatua y que el tiempo se le

agotaba. El aire estaba impregnado de un aroma terroso y húmedo, con notas de hojas en descomposición y la fragancia fresca de los eucaliptos.

Pero sus preocupaciones se vieron interrumpidas por un ruido a sus espaldas. Un crujido, luego otro. Su corazón se disparó. Giró la cabeza y vio sombras moverse en la espesura.

—No... no puede ser... —murmuró.

De pronto, el Guajojo surgió de entre los árboles, sus ojos brillando con un fulgor sobrenatural. Lucianita echó a correr, su linterna tambaleándose en su ala, su libreta golpeándole el pecho.

—¡Ay, ay, ay! —gritó, esquivando ramas y saltando rocas.

Su carrera la llevó hasta la ladera del valle, donde se tropezó con una figura que la sujetó rápidamente.

—Tranquila, chiquilla, ¡que te vas a matar! —dijo una voz firme.

Era Mateo, una comadreja del monte, astuta y rápida. Su mirada calculadora la recorrió de arriba abajo, pero en sus ojos también había un brillo juvenil, parecido al de ella. Se quitó el sombrero de cuero y le dedicó una media sonrisa.

—Soy Mateo, rastreador y comerciante de hierbas. ¿Y tú, qué demonios haces corriendo como alma que lleva el viento?

Lucianita, aún jadeante, dudó. Su instinto le decía que desconfiara, pero la firmeza con la que la había sujetado y el tono despreocupado de su voz la hicieron bajar un poco la guardia. Entre respiros apresurados, le explicó la situación.

Mateo silbó bajito.

—Uf, estás en aprietos. Hay que moverse, puedo ayudarte a llegar al pueblo. Pero primero, tenemos otro problema.

Antes de que Lucianita pudiera preguntar, un sonido grave y profundo resonó en la espesura. El Guajojo aún los acechaba, su silueta fantasmal apenas visible entre los árboles. De pronto, un trueno rugió en la distancia y gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer.

Mateo frunció el ceño, tomó la mano de Lucianita y tiró de ella.

—¡Corre, que ese bicho no nos deja en paz!

Lucianita tropezó, pero Mateo la sostuvo con fuerza y la empujó hacia adelante, acelerando el paso entre la maleza mojada. En un momento de desesperación, Mateo se giró y lanzó una piedra contra las sombras, logrando que el Guajojo soltara un chillido agudo y retrocediera momentáneamente.

—¡Eso, maldito pajarraco, vete a asustar a otro! —gritó, con una sonrisa desafiante.

Lucianita lo miró, sorprendida. Por primera vez en toda la noche, sintió que no estaba sola en esto.

En el Fogón del Yacaré, el aire estaba espeso con el aroma a insecto asado y ají molido. La luz cálida de los faroles titilaba sobre las mesas de madera, donde un murmullo constante de conversaciones y risas llenaba el ambiente.

Ramón, con su enorme cuerpo hundido en una silla al fondo del local, masticaba su palillo con una mueca de disgusto. Frente a él, una figura encogida, su infiltrado en la Policía, temblaba bajo su mirada.

—Decímelo otra vez —ordenó el sapo, su voz grave y pausada.

El otro tragó saliva.

—Cebolla... Cebolla dijo que usted es el culpable del robo. En la comisaría, delante de todos...

El palillo crujío entre los dientes de Ramón. Su enorme pata se crispó sobre la mesa.

—Nos jodió —gruñó, entrecerrando los ojos—. Ese desgraciado nos jodió.

Con un golpe seco, aplastó el palillo contra la mesa, dejando un silencio tenso a su alrededor. Al fondo del restaurante, Don Jacinto, el viejo yacaré con la cicatriz en el hocico, levantó la mirada desde la barra. Su ojo amarillo recorrió la escena con calma, como quien ha visto este tipo de problemas demasiadas veces.

—Ramón... —su voz ronca se deslizó por el aire, grave pero sin confrontación—. No me desastres en el local.

El sapo lo miró de reojo. Entre ellos había una historia, y aunque Don Jacinto no temblaba fácilmente, tampoco era tonto. Sabía que un Ramón acorralado era peligroso.

—No estoy de humor, Jacinto —respondió entre dientes Ramón, incorporándose.

El viejo yacaré asintió lentamente, limpiando un vaso con su paño viejo.

—Y eso me preocupa.

Ramón echó un vistazo por la ventana. Entre el reflejo de los faroles, vio siluetas uniformadas moviéndose en la calle. Se le acababa el tiempo.

De golpe, agarró una cuchara de la mesa y la arrojó con fuerza contra una lámpara. La luz estalló, sumiendo la mitad del restaurante en sombras.

—¡Mierda! —se quejó Don Jacinto, cubriendo los ojos ante el destello repentino.

En el caos, Ramón se movió como un relámpago, apartando sillas y clientes con su enorme cuerpo, y se escurrió por la puerta trasera antes de que nadie pudiera reaccionar.

El murmullo del local quedó en silencio.

Hasta que, en medio de la penumbra, una llama con la boca llena de ensalada murmuró:

—¿Eso significa que no va a dejar propina?

Algunos clientes rieron nerviosos, pero Don Jacinto solo suspiró, sacando otro vaso.

—Voy a empezar a cobrarle extra por cada vez que se manda a mudar así.

Pero en la oscuridad del callejón, Ramón ya corría, su enorme silueta fundiéndose con las sombras. La cacería había comenzado... y esta vez, él era la presa.

Mientras tanto en la oficina del alcalde Don Alberto Plumas Finas era un reflejo de su vanidad. La luz dorada de una lujosa lámpara colgante iluminaba con elegancia los muebles de caoba oscura, mientras que las amplias ventanas dejaban entrar la tenue luz del pueblo, ahora envuelto en murmullos de incertidumbre. El aire olía a incienso barato mezclado con el perfume floral del flamenco, una fragancia que se notaba diseñada para impresionar.

Detrás del gran escritorio de vidrio, Licenciado Flores, el colibrí, revoloteaba con nerviosismo, sujetando una pila de papeles. Su pequeño cuerpo se movía tan rápido como su mente, repasando titulares en voz baja.

—Señor... los periódicos locales ya están hablando de la estatua. Y los rumores... bueno, están empeorando. —Su voz era temblorosa, sus diminutas garras aferradas a un informe—. La gente empieza a preguntarse si su administración...

Don Alberto se detuvo en seco, su plumaje rosa erizándose como si un escalofrío lo recorriera. Se giró lentamente hacia Flores, con una mirada afilada.

—¿Si mi administración qué, Flores?

El colibrí tragó saliva.

—Si su administración tiene algo que ver... —murmuró, bajando la mirada.

El flamenco soltó una risa seca, pero sus ojos brillaban con furia. Caminó con paso firme hasta su enorme sillón y se dejó caer con un suspiro dramático.

—¡Esto es un desastre, Flores! ¡Un absoluto desastre! Mi reputación está hecha trizas. ¡Mi reelección está en juego!

Flores revoloteó inquieto, su aleteo creando pequeñas ráfagas de viento en la habitación.

—Señor, quizás si damos un discurso de control y calma... aseguramos a la gente que la situación está bajo control.

Plumas Finas golpeó el escritorio con su ala.

—¡Control y calma! ¡Por favor, Flores! ¡La gente no quiere calma, quiere una historia! Quiere un culpable. —Su voz se tornó más baja, más calculadora—. Si no les damos uno, lo encontrarán por su cuenta. ¿Y adivina a quién van a señalar?

Flores abrió el pico, pero no dijo nada.

El flamenco sonrió, esa sonrisa política que usaba en sus discursos, encantadora pero vacía. Se reclinó en su silla, tamborileando los dedos sobre el brazo del sillón.

—Necesitamos desviar la atención. Que el pueblo no mire hacia aquí, sino hacia otra parte... hacia alguien más.

Flores tragó saliva.

—Señor... ¿está sugiriendo que incriminemos a alguien?

El silencio se hizo espeso en la oficina. El tic-tac del reloj en la pared resonó como un martillazo en la mente del colibrí.

—No me pongas esas palabras en el pico, Flores. Yo solo digo... que necesitamos un culpable conveniente. Uno que la gente odie lo suficiente como para no hacer preguntas.

Flores sintió un escalofrío recorrerle las plumas.

—¿Y tiene a alguien en mente?

Don Alberto Plumas Finas sonrió de nuevo.

—Siempre lo tengo.

La luz dorada de la lámpara proyectó una sombra alargada sobre la pared, mientras el colibrí sintió que sus alas temblaban. Sabía que estaba a punto de cruzar una línea de la que tal vez no habría regreso.

Volviendo al Fogón del Yacaré aún revuelto por la huida de Ramón, y cuando la puerta se abrió de golpe con un crujido áspero, todos los presentes se giraron.

El Capitán Capibara irrumpió con su característico andar pesado, acompañado de Felipe y su equipo. El suelo de madera crujió bajo su peso, y una cucaracha oportunista desapareció velozmente entre las sombras.

—Rayos... ya es tarde —dijo el Capitán al ver la mesa vacía y la mosca a medio comer flotando en un charco de cerveza.

Felipe se acercó, olfateando el aire con su gran hocico.

—Huele a desesperación y a patas de sapo. Se nos escapó.

El Capitán se llevó una mano al bigote, acariciándolo con inquietud. Sus ojos recorrieron el restaurante, deteniéndose en los clientes que aún murmuraban sobre la escena anterior.

—Aquí hay un sapo en el charco... y no hablo de Ramón —murmuró, su voz cargada de sospecha.

Felipe frunció el ceño.

—¿Está diciendo que hay un traidor?

—No lo estoy diciendo —replicó el Capitán, alzando un dedo—, lo estoy insinuando dramáticamente.

Un silencio incómodo se instaló en la mesa, roto solo por un discreto carraspeo de Roca, la vieja tortuga chaqueña, quien observaba todo con sus ojos siempre analíticos.

—Si hay un traidor... —dijo Roca con su tono pausado—, ¿no sería alguien que siempre llega tarde?

Justo en ese momento, la puerta volvió a abrirse y el Sargento Otero entró con su porte impecable.

—¿Me llamaban? —preguntó con su voz grave, ajustando su gorra perfectamente alineada.

El Capitán se giró bruscamente y apuntó con su pata.

—¡Ahá! ¡Eso tiene sentido! ¡Alguien que siempre llega tarde! ¡Roca, eso significa que el traidor eres tú!

Felipe y Otero se miraron con incredulidad.

—Jefe, Roca no llega tarde, es una Tortuga, camina lento—aclaró Felipe.

El Capitán entrecerró los ojos, analizando a la tortuga.

—Eso es lo que quiere que pensemos... Siempre callado, observando, lento pero calculador. Demasiado lento, diría yo.

Roca suspiró pesadamente.

—Capitán, si yo fuera el traidor, necesitaría moverme rápido, ¿no cree?

—¡Ahí está el truco! ¡Nadie sospecharía de un traidor tan lento! Es el disfraz perfecto.

Overo cruzó los brazos.

—¿Y no podría ser simplemente que soy puntual y Roca solo es... una tortuga?

Felipe levantó ambas patas como si acabara de descubrir algo importante.

—¡No! ¡Esto es lo que ellos quieren que hagamos! Que peleemos entre nosotros y desconfiemos de nuestro propio equipo.

El Capitán se quedó en silencio, pensándolo seriamente.

—Mmm... eso suena lógico...

—Lo sé —asintió Felipe, orgulloso—. Lo vi en una película.

El Capitán suspiró y miró a su equipo.

—Bien, bien... lo dejaremos pasar... por ahora.

Roca negó con la cabeza, murmurando para sí mismo.

Overo, que había sido señalado y luego descartado en cuestión de segundos, sacudió la cabeza.

—¿Puedo decir que perdimos un tiempo valioso con esta discusión?

—No, porque si lo dices, parecerás aún más sospechoso —sentenció el Capitán.

Overo resopló, dándose por vencido.

El restaurante se sumió en un silencio aún más tenso.

A lo lejos, la misma llama que había hablado antes se acomodó en su silla y murmuró con la boca llena:

—Uf, esto se está poniendo bueno...

Pero el Capitán Capibara ya no estaba para bromas. El juego había cambiado, y ahora el enemigo estaba más cerca de lo que le gustaría.

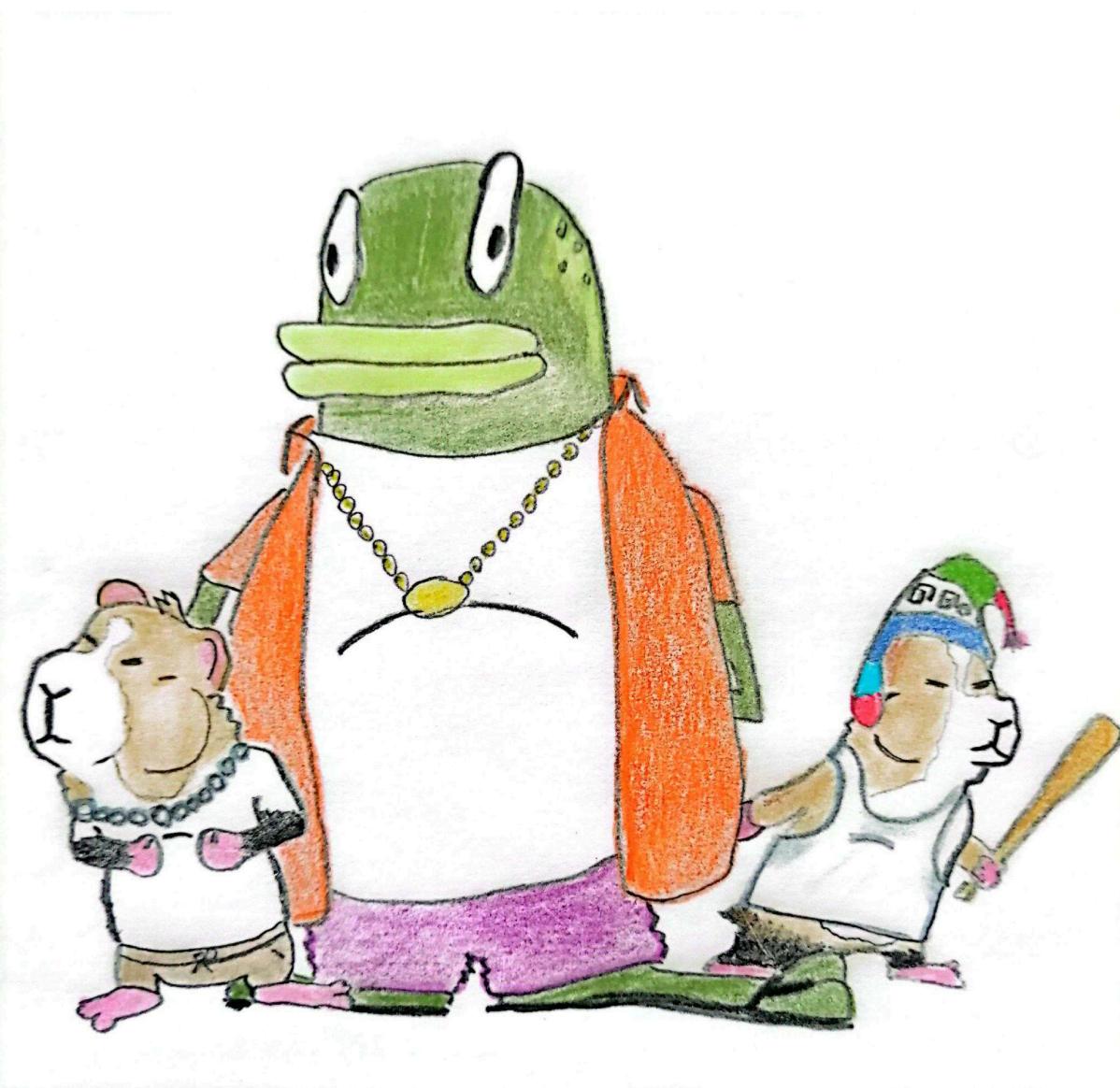
Esa noche, en el bar de Don Tito, el Tío Búho ya estaba en la mesa de la Banda de los Chanchos Troperos donde ellos lo escuchaban al relatar la situación del pueblo.

—Les digo, muchachos, este pueblo está peor que pluma en vendaval... La alcaldía es un circo y la seguridad una broma.

Basilio, el perezoso, medio dormido, roncó y murmuró:

—Capaz y mejor me postulo pa' alcalde...

Las risas llenaron el local, pero la tormenta de secretos en el Valle apenas estaba comenzando.



Capítulo 7: El festín interrumpido

La media noche se había asentado sobre el Valle Central, y la luna brillaba pálida sobre las calles empedradas. La posada de doña Paca la Puma se convertía en el centro de atención después del intento fallido del Capitán Capibara de capturar a Ramón el Sapo Gigante. Con la panza vacía y el orgullo herido, el Capitán y su equipo, acompañados de Felipe el Oso Jucumari, decidieron dirigirse a la posada en busca de un buen plato caliente. Ya que el Capitán dijo que no podía pensar con el estómago vacío.

Todos estaban en la mesa, inquietos. La estatua de oro aún no aparecía y el Festival del Gran Espíritu estaba por concluir. Doña Paca, intentando animar a los preocupados oficiales, recordó un obsequio especial que le había enviado su amiga la Ñata la Nutria Gigante, una comerciante que traía mercadería exótica de lugares lejanos. "Voy a traerles una bebida especial, a ver si así recuperamos el ánimo", anunció la puma con una sonrisa. Sin embargo, al abrir la caja de madera que contenía el regalo, su expresión se transformó en puro asombro.

¡Allí estaba la estatua de oro!

Los gritos de doña Paca alertaron a todos en la mesa. El Capitán Capibara se puso de pie de un salto. "¡Sabía que podía resolver el caso! ¡Sargento, vaya a llamar a todos, empezando por el alcalde! Quiero que todo el pueblo vea la efectividad de mi equipo de Policía".

El Sargento Overo, el lagarto, salió disparado. Roca, la tortuga, se acomodó las gafas y dijo con su habitual lentitud: "Capitán, no hemos resuelto el caso. Solo encontramos la estatua, pero el responsable sigue libre".

El Capitán Capibara agitó una pata. "Tú siempre ves lo negativo. ¡Lo importante es que tenemos la estatua! ¡Bárbaro eres!".

El primero en llegar fue el alcalde Don Alberto Plumas Finas, quien, al ver la estatua resplandeciente, proclamó: "¡Hay que celebrarlo! Doña Paca, saque su torta más grande. ¡Yo invito!". Su asistente, el Licenciado Flores, el colibrí, salió volando para anunciar la noticia.

Pronto, la posada se llenó de habitantes del pueblo. Llegaron la Chola Cuchi pechando para entrar primera, los Mellizos Armadillos (Rulo y Chato), Tito el Tatú y su banda de los Chanchos Troperos, Basilio el Perezoso, los cóndores Salustiano y Don Clodomiro, Jorge Cebolla el Zorro totalmente confundido, el Padre Topo y Doña Meche la Vizcacha alabando al alcalde, entre otros.

Cuando doña Paca entraba con la torta, la puerta de la posada se abrió de golpe.

"¡ESO ES UNA BOMBA!", gritó Lucianita la reportera, entrando junto a Mateo.

El Capitán Capibara pegó un salto. "¡Sabía que esa torta no estaba buena! ¡Sargentito, arreste a doña Paca!".

"¡No, Capitán!", gritó Lucianita. "¡La estatua tiene una bomba!".

El silencio se apoderó del lugar. Lucianita, con los ojos brillando de determinación, señaló al alcalde. "La puso el Guajojo, por orden de Don Alberto Plumas Finas".

Los murmullos crecieron. La Chola Cuchi se cubrió la boca con las manos, los Mellizos Armadillos se miraron nerviosos, y Tito el Tatú frunció el ceño. Mientras tanto, Doña Meche la Vizcacha exageraba su expresión de espanto, aferrándose dramáticamente al brazo de Basilio el Perezoso. Y nuestro amigo Felipe el Oso Jucumari degustaba la torta.

El Capitán Capibara se giró. "¡Roca, arresta al alcalde!".

Roca tartamudeó. "P-Pero Capitán...".

"Papi, ¿hablo chino? ¡Arrestalo!".

Mientras tanto, en la guarida de Ramón el Sapo Gigante, una antigua bodega abandonada a las orillas del río, vibraba con la tensión de una noche que prometía ser histórica, la información había llegado. Su misterioso infiltrado en la Policía le había revelado la ubicación de la estatua. Con una sonrisa torcida, Ramón se relamió, anticipando la jugada que estaba a punto de hacer.

Bajo la tenue luz de unos faroles colgados entre troncos y rocas, los secuaces del sapo comenzaban a llegar uno a uno, atraídos por el rumor de que algo grande estaba por suceder. Primero, los Cuises, pequeños pero escurridizos, fieles a sus órdenes sin hacer preguntas. Luego, Juancito el Mono Capuchino, quien entró brincando con una empanada en la mano y la boca llena.

—¡Ramón, compadre! Me dijeron que aquí había acción y... ¡empanadas!— masculló, relamiéndose.

Ramón soltó una carcajada grave y ronca.

—Si te quedás conmigo, Juancito, te prometo que vas a tener muchas más de esas. —le guiñó un ojo antes de dar una palmada en la mesa.— ¡Pero primero, hay que pelear!

No mucho después apareció Don Jacinto el Yacaré, avanzando con calma, su piel escamosa reflejando la tenue luz de las velas.

—Escuché que se viene algo divertido.— dijo con su voz rasposa. —No me gustan las peleas, pero si hay que marcar territorio, aquí estoy.

Ramón asintió con satisfacción. Finalmente, haciendo retumbar el suelo con cada paso, apareció Federico la Llama del Restaurante. Su pelaje brillaba con una elegancia natural, y al detenerse frente a Ramón, escupió a un lado con desdén.

—Que emoción, eh! ¡Siempre quise ser parte de una banda secreta! ¿Nos van a dar uniformes o algo? ¡Quisiera algo que combine con mi poncho!

Ramón golpeó la mesa con sus enormes manos verdes, captando la atención de todos, se paró sobre una vieja caja de madera para dirigirse a los suyos. Luego, con una voz profunda y envolvente, comenzó su discurso.

—¡Escuchen bien, compañeros!— rugió, su tono cargado de intensidad.— Toda la vida hemos vivido en las sombras de los poderosos, comiendo sus migajas. ¡Nos tratan como escoria! Pero miren bien, miren lo que está pasando. ¡El alcalde, ese sucio pajarraco, quería engañarnos a todos! Se llenó los bolsillos con el oro del pueblo, nos hizo creer que la estatua era un símbolo de honor, ¡cuando en realidad es un fraude!— Ramón dio un paso adelante, mirando a cada uno de sus secuaces a los ojos.— Nosotros somos los que sudamos, los que peleamos, los que sobrevivimos día a día en esta ciudad podrida. ¿Por qué ellos tienen derecho a vivir con lujo mientras nosotros nos conformamos con sobras?

Uno de los cuises levantó una garra.

—¿Y qué pasa con la policía? ¿No van a estar ahí?

Ramón sonrió de lado.

—Por supuesto. Pero tenemos un as bajo la manga.

Los murmullos crecieron en la guarida. Todos sabían que había un infiltrado dentro de la policía, pero solo Ramón conocía su identidad. Si había planeado bien su golpe, esta sería su noche.

Juancito se limpió las manos en la barriga, entusiasmado. Don Jacinto entrecerró los ojos, evaluando las palabras del sapo. La Llama del Restaurante simplemente resopló, pero no se movió ni un centímetro.

—Hoy tenemos la oportunidad de tomar lo que es nuestro. ¡Hoy vamos a demostrarle a este maldito pueblo quién manda!— continuó Ramón, su voz subiendo de tono.— ¡No vamos a escondernos más! ¡Vamos a la pensión, vamos a recuperar la estatua y a mandar un mensaje! ¡El Valle Central va a aprender a respetarnos!

Un rugido de aprobación recorrió la guarida. Juancito alzó el puño, los Cuises chiflaron y Don Jacinto soltó una risa ronca. Federico la Llama inclinó la cabeza y con la boca llena murmuró:

—Me gusta cómo suena eso.

Ramón se giró, sus ojos brillaban con astucia y ambición. Su plan estaba en marcha. La pensión de Doña Paca no sabría lo que se le venía encima.



Al mismo tiempo la posada de Doña Paca estaba abarrotada. El aire olía a pastel recién horneado y a la mezcla de perfumes, sudor y ansiedad de todos los presentes. El Alcalde Don Alberto Plumas Finas, aún pálido por la acusación, levantó las alas en señal de súplica, tratando de calmar el alboroto.

—¡Deténganse! —su voz vibró con desesperación—. ¡Esto es un terrible malentendido! ¡Yo jamás pedí una bomba!

—¿Y qué es lo que pediste, entonces? —intervino Lucianita la Paraba Frente Roja, adelantándose con su cuaderno de notas en mano. Sus ojos encendidos por la duda recorrían al alcalde con sospecha—. ¿No fue acaso usted quien contrató al Guajojo?

Don Alberto agitó las alas, visiblemente nervioso.

—¡Solo pedí oro de la mina para que el Guajojo lo fundiera y pudiera hacer la estatua! ¡Nada más! ¿Por qué haría algo así en contra de mi propio pueblo? ¡El pueblo me ama!

Hubo un silencio breve, roto de pronto por Mateo, la comadreja rastreador y comerciante de hierbas, quien abrió los ojos con horror.

—Con razón... —murmuró, como si de golpe todo tuviera sentido—. Con razón la mina se quedó sin recursos para reabastecer sus materiales y seguir en funcionamiento...

Todos voltearon a verlo. Mateo se llevó las manos a la cabeza, negando con incredulidad.

—Usted usó los recursos de la mina solo para hacer una estatua... y dejó que quedara obsoleta y al Guajojo sin trabajo.

Se tapó la cara con ambas manos, como si el descubrimiento le doliera en el alma. Un murmullo de indignación recorrió la sala.

Lucianita soltó la lengua.

—Eso no tiene sentido, alcalde. ¿Por qué no mencionó antes al Guajojo? —Su mirada era incisiva, cada palabra una daga—. ¿No cree que un pequeño detalle como ese era importante?

A lo que el Alcalde contundentemente contestó:

—Mira amiguita, quizás me equivoque con el manejo de la mina, pero en ningún momento pedí hacer una bomba, y pedí que se investigara su desaparición cada instante, soy inocente.

El capitán Capibara, que ya estaba masajeándose la sien con frustración, exhaló fuerte.

—Maldita sea, hemos capturado a otro inocente... ¡Suéltenlo!

Roca, que todavía tenía las patas listas para esposar al alcalde, parpadeó sorprendido.

—¿Está seguro, mi capitán?

—¡Claro que estoy seguro! ¡No vamos a encerrar a alguien solo porque sí!

Entonces, la voz de la paraba se elevó con urgencia:

—¡La bomba solo se activará con un golpe! Si nos mantenemos calmados, estaremos a salvo.

De inmediato, el Capitán Capibara pegó un brinco.

—¡Nadie toque la estatua! ¡Ni siquiera la miren feo!

Pero justo en ese momento, afuera, un estruendo hizo temblar las paredes. Un golpe seco y rotundo, seguido de un grito:

—¡Nos atacan! ¡Es la banda del Sapo Gigante!

El caos acababa de comenzar.

El estruendo sacudió la posada de Doña Paca. La puerta se astilló en mil pedazos cuando la banda de Ramón irrumpió en el lugar, con el sapo gigante al frente, hinchado de furia y ambición.

—¡Recuperen la estatua! —bramó con su voz rasposa—. ¡El oro pertenece a los fuertes!

Los Cuises fueron los primeros en lanzarse al ataque, correteando entre las patas de los presentes y mordiendo tobillos con fiereza. Juancito el Mono Capuchino, con una media empanada aún en la boca, brincó sobre las vigas y comenzó a arrojar platos y candelabros.

—¡Por fin algo de acción! —gritó entre risas, lanzando una taza directamente a la cabeza del Capitán Capibara.

El bar estalló en caos. Sillas volaban, platos se hacían trizas contra las paredes y los habitantes del Valle Central corrían en todas direcciones.

En ese ínterin, el Capitán Capibara se puso en posición de defensa.

—¡Vamos, equipo! ¡Defendamos la estatua!

Pero justo cuando se lanzaba al combate, una figura se movió a toda velocidad frente a él.

—¡Cuidado, Capitán! —gritó Tío Búho.

Un golpe certero lo derribó al suelo con un fuerte crujido de alas.

Todos se quedaron paralizados por una fracción de segundo. El Capitán Capibara se giró y vio al Sargento Overo, con su garra todavía en el aire, su mirada fría.

—Vos... eres el traidor—gritó el Capitán, incrédulo.

—Yo debería ser el jefe de la Policía — contestó antes que la banda de los Chanchos Troperos se abalanzaran contra él.

Por otra parte don Jacinto el Yacaré avanzaba con pasos pesados, empujando mesas con su cola, mientras Federico la Llama corría de un lado a otro, gritando sin saber exactamente a quién estaba atacando.

—¡Ya verán! —exclamó al saltar sobre una mesa, solo para aterrizar de panza en el suelo.

Mientras tanto, la policía se apresuró a defender la posada. El Suboficial Roca, con su lento pero metódico avance, se puso en posición de combate.

—Capi... tenemos un problema... y es grandísimo —dijo, esquivando a duras penas un florero que se estrelló contra la pared.

El Capitán Capibara, frotándose la cabeza después del impacto de la taza, gruñó:

—¡¿Y qué esperabas, Roca?! ¡Es nuestro trabajo! ¡A la carga!

Se abalanzó sobre los Cuises, pero estos eran rápidos y ágiles, esquivándolo con facilidad.

En medio del caos, Felipe el Oso Jucumari intentaba calmar la situación.

—¡Ya basta! ¡No podemos resolver esto peleando! —rugió, sujetando a un par de Cuises con sus grandes garras y sosteniéndolos como si fueran gatitos revoltosos.

Pero nadie lo escuchaba.

De repente, un grito hizo que todos se giraran.

—¡Ramón, suéltame!

Era Jorge Cebolla, el Zorro, que intentaba zafarse de las garras del sapo gigante.

—¿A dónde crees que vas, pillo? —dijo Ramón con una sonrisa torcida—. ¡Llevas tiempo escapando de mí!

Jorge forcejeó, logrando morder el brazo viscoso del sapo, quien chilló y lo soltó por un momento.

—¡Ya no tengo nada que ver contigo, Ramón! ¡Déjame en paz!

Pero el sapo no escuchaba razones. Saltó con agilidad sorprendente y se lanzó de nuevo sobre el zorro.

—¡Ven acá!

Jorge esquivó en el último segundo, y en su huida tropezó con la estatua.

El sonido metálico que resonó en la posada fue helado.

Todos quedaron congelados.

Lucianita sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No...

El Sargento Overo se giró, su piel escamosa empalideciendo.

—¡Deténganse! La bomba está activada.

El silencio cayó sobre la posada como un manto fúnebre.

—¿Qué... qué hacemos? —susurró Basilio el Perezoso, apenas moviendo la cabeza por el miedo.

Y entonces, desde la sombra de la puerta, una figura alta y esbelta se reveló.

Los ojos rojos del Guajojo brillaron con una malicia infinita.

—Juaa Juaa Juaaa Qué hermosa escena —dijo con una sonrisa venenosa—. Un pueblo entero a punto de desaparecer por su propia estupidez.

Lucianita sintió un nudo en la garganta.

—¡Tú pusiste la bomba! —lo señaló con furia.

El Guajojo solo inclinó la cabeza.

—¿Y qué si lo hice? Este pueblo ya estaba condenado. Yo solo aceleré lo inevitable.

Felipe apretó los puños.

—¡No puedes decidir el destino de toda esta gente!

El Guajojo soltó una risa seca.

—Jua Jua Juaa, Claro que puedo.

De pronto, el Sargento Overo avanzó con paso firme.

—Déjenme pasar.

Todos lo miraron, confundidos.

El Capitán Capibara frunció el ceño.

—Overo... ¿qué estás haciendo?

El lagarto no respondió de inmediato. Solo caminó con decisión hasta la estatua y la observó por un momento.

—Siempre supe que este día llegaría...

Lucianita sintió su corazón latir con fuerza.

—Sargento...

El Guajojo ladeó la cabeza con diversión.

—Y vos, lagarto... ¿creías que podías vencerme? ¿O creías que podías desactivar la bomba?

Overo esbozó una sonrisa cansada.

—Yo no quería eso...

El Guajojo alzó una ceja.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué querías?

Overo respiró hondo, y con una mirada serena, contestó:

—Solo quería salvar al pueblo.

Y, sin dudarlo un segundo más, tomó la estatua con todas sus fuerzas y corrió hacia la salida.

—¡OVERO, NO! —gritaron varios.

Pero ya era tarde.

El lagarto se lanzó hacia el exterior, llevándose la estatua con él.

Y entonces...

¡BOOOOOM!

El estruendo sacudió todo el Valle Central. La luz de la explosión iluminó el cielo nocturno, mientras una ola de calor y polvo se expandía por la posada.

El impacto dejó a todos en el suelo. Lucianita sintió un pitido ensordecedor en los oídos.

Cuando el polvo comenzó a asentarse, solo un pensamiento cruzó la mente de todos.

El Sargento Overo se había sacrificado por el pueblo.

Capítulo 8: Un nuevo amanecer

El silencio después de la explosión pesaba sobre el Valle como un presagio. La estatua del Guardián del Valle de Oro, ahora reducida a escombros, yacía en la plaza como testigo de la traición y la venganza. La policía, liderada por el Capitán Capibara, había reunido a los sospechosos en el centro del pueblo. Las miradas de los habitantes eran dagas que exigían justicia.

El reportaje valiente de Luciana la paraba de frente roja había destapado la verdad. Don Alberto Plumas Finas, el alcalde, había desviado el oro de la mina para construir la estatua en su propio honor, dejando a la comunidad sin recursos. Su corrupción había empujado a Guajojo a cometer el atentado en venganza. A su vez, el Sargento Overo, en un último acto de redención, había sacrificado su vida para salvar a los habitantes, confesando antes de morir que él también había sido parte del complot.

Jorge Cebolla, el zorro de los Andes, fue señalado como el responsable de la desaparición momentánea de la estatua. La investigación de Roca, la tortuga chaqueña, confirmó su implicación. Ramón, el sapo gigante del Chaco, fue arrestado por el Capitán Capibara, acusado de traición y levantamiento armado contra el gobierno. Junto a él, los cui, Don Jacinto el yacaré, Federico la llama y el prófugo Jorgito el mono capuchino fueron señalados como colaboradores.

El juicio fue presidido por el Dr. Taruca, el venado andino. El debate entre la justicia y la venganza dividió a los presentes. Algunos clamaban por castigos severos, mientras otros buscaban una resolución que permitiera la reconstrucción del Valle sin más derramamiento de sangre. Finalmente, la decisión fue clara: Ramón y sus cómplices fueron sentenciados a trabajos forzados para reparar los daños causados, mientras que Don Alberto Plumas Finas perdió su cargo y su derecho a postularse nuevamente.

Por otra parte el Guajojo, con la mirada baja pero la mandíbula apretada, escuchó su sentencia de los labios del Juez Taruca.

—Guajojo, tu rencor te llevó a condenar a inocentes. Por tu atentado cobarde y la sangre derramada, el Valle no puede permitir que sigas entre nosotros. Desde hoy, estás desterrado. No volverás a pisar esta tierra.

El murmullo recorrió la plaza como una ola. Algunos pedían un castigo más severo, otros veían en la sentencia un destino peor que la muerte: la condena al olvido. Sin un hogar, sin su gente, sin su pasado, Guajojo se convirtió en un fantasma errante antes de haber dejado el Valle.

Esa misma tarde, escoltado por la policía y bajo la mirada silenciosa de los habitantes, cruzó los límites del Valle de Oro por última vez. Al dar su último paso

fueras del territorio que lo vio nacer, el sol comenzó a hundirse en el horizonte, proyectando su sombra en la tierra que ya no le pertenecía.

Las ruinas de la estatua se convirtieron en símbolo del renacimiento del Valle. El nuevo alcalde, el perezoso Basilio de andar pausado pero de mente sagaz, tomó posesión del cargo con la promesa de devolver el equilibrio a la comunidad. Su asistente, el Licenciado Flores, trabajó codo a codo con Felipe y los Mellizos Armadillos para restaurar la plaza y reactivar la mina.

Cuando la primera lluvia en meses cayó sobre el Valle, sus habitantes se reunieron en la plaza, sintiendo en cada gota el inicio de una nueva era. La corrupción y la traición habían herido profundamente su hogar, pero la verdad, la justicia y la unidad prevalecieron.

Desde lo alto de la colina, el sol ponía su último destello sobre el Valle, ahora más unido que nunca. En las casas, las luces titilaban como pequeñas estrellas, reflejando la esperanza de un futuro mejor.

Y el Valle, una vez dividido por el odio y la traición, respiró por fin con un solo pulso, recordándoles a todos que incluso en las tierras más fracturadas, la semilla de la unidad siempre encuentra su camino hacia la luz.

FIN